

héroe de Alfredo de Muset; pero yo tambien queria morir: esto fué lo que le salvó, pues, esto de morir los dos, lo halló melodramático. Lo que hay en esto de extraño, es que yo no he sido para él, mas que un estudio y un modelo. Aun antes de que me tomase para representar su gran comedia, yo habia frecuentado su taller. Me encontró muy hermosa; pero la admiracion del artista no fué turbada por el amor á lo voluptuoso. Con frecuencia me habia visto en el salon de conversacion con las demás mujeres, sin que hubiese ido mas lejos. Solo una vez, subió á mi cuarto, donde, á pesar mio, le abrí mi corazon; en aquella noche estaba desesperado, queria morir y quiso adoptar mi modelo para esculpir el mármol de su tumba; pero, segun ya os dije, yo queria tambien morir, y de ahí que no se suicidara. Seis meses despues, vino á mí y me dijo al oido: «Tú aquí te vendgas de la humanidad, y yo tambien quiero vengarme: quieres representar un gran papel?»

»Ya sabeis lo demás: yo no queria eternamente aclimatarme en aquella atmósfera: por mas que hiciera, no podia descender mas bajo; experimentaba una viva simpatia hácia Monjoyeux, y le juré que yo seria para él, como una esclava, á la cual hubiese comprado. Fuí pues, para todo el mundo, escepto para él, la señora Monjoyeux.»

## XXX.

## EL TÉ DE LA SEÑORA VÉNUS.

Angela suspiró, é inclinó al pecho su cabeza.

—O mejor dicho, añadió, yo fuí para todo el mundo, la señora Todo-el-Mundo, ó la señora Venus, segun Monjoyeux me llamaba.

—Así, pues, dijo Octavio, tomasteis vuestro papel por lo serio?

—Ciertamente: aquello no fué un simulacro. Jámás Danae vió caer tanta lluvia de oro. Monjoyeux, en aquel juego burlon, terrible, insensato, me echaba en brazos de cualquiera, con tal de que sus manos estuviesen llenas de oro, de diamantes ó de condecoraciones. Yo no hallaba extraño el hacer lo que hacia por un puñado de oro, siendo así que ya lo habia hecho por uno de plata.

—Debo confesaros que yo no creia que la mujer, por hermosa que fuera, pudiese hallar el camino de Corinto.

—Mi querido duque, vivís en las viejas ideas. Paris no tiene sino escépticos cual vos, hombres de pa-

siones que solo duran veinte y cuatro horas, y aun si la noche dura estas veinte y cuatro horas. Para hallar paladines formales, es necesario recorrer, no las provincias de Francia, sino las capitales extranjeras. Allí encontrareis hombres, que colocan en vuestras orejas y en vuestro pecho, perlas y diamantes que pertenecieron á reinas del antiguo régimen.

—En una palabra, hombres de la edad de oro.

—Sí, reios de ellos, porque vos ni teneis bastante dinero, ni bastante amor para imitarles; pero aquellos son hombres verdaderos. En vez de ligar su nombre á los bienes de este mundo, los ligan á la hermosura de la mujer. Creeis que una mujer no es una gran arca de dinero? No nos burlemos de nadie. Todo el mundo tiene razon, y todo el mundo no la tiene.

—Este es mi principio.

—Os imaginais tal vez, que voy á dejar esta casa, como lo hizo Monjoyeux, dejando la llave en la puerta y no llevándose mas que un cigarro? Nada de esto: quiero indemnizarme de las humillaciones sufridas esta noche, no por la virtud que huyó de mí, sino por la fortuna. Estos dias me vereis en el Bosque, en una dumon que hará ruido. Los periódicos dirán de mí, tanto mal, que antes de que la estacion concluya seré una mujer célebre. Y entonces, nadie, entre los mas desdeñosos, será digno de desceñir el cinturón de la señora Venus.

—Escepto yo.

—No conteis en ello, porque confieis en vos de-

masiado. Pero en fin, ya que estais en mi casa, que-  
reis tomar té conmigo?

Angela llamó. Se presentó un criado medio dormido; pero ella le dió orden para que sirviese el té, con cierto aire de soberana, que le despertó por completo. Entonces comprendió que aquella mujer era la dueña de la casa.

Octavio recordó el té de la señora de Enraygues, cuando el criado trajo un servicio de Sajonia. La señora Venus habia profanado sus labios en la porcelana de todas las naciones, en el antiguo Japon, en la vieja China, en el viejo Sevres, en el antiguo Sajonia, hasta en la fayenza holandesa y en la majólica italiana. Aunque Octavio hallaba ridículo el desdeñar la boca que ha bebido, cuando no se desdeña la copa donde se ha bebido, recordando á la señora de Marsillon, era bastante delicado para no cantar con la señora de Monjoyeux, la balada del *Rey de Thulé*.

Octavio no lanzó, pues, en aquella noche, su copa al mar.

—Adios, dijo á Angela: la fuerza del destino ya nos colocará al uno frente al otro.

—Adios, dijo ella con tristeza; entonces os descubriré mi secreto, pues me queda alguno para confiaros.

No se tardó mucho en hablar del gran lujo de los caballos, y de los amantes de la señora Venus.

## XXXI.

## LA CENA DEL COMENDADOR.

Cierta tarde, Parisis fué á comer á la Casa de Oro del país latino, al célebre cenáculo de los ateos, y se dirigió hacia ella, dando el brazo á un historiador que habia escrito la historia de Dios, porque no creia en su existencia.

Cuando iba á entrar vió llegar con no poco ruido á una dama á la moda en un carruaje precioso, lo cual no dejó de sorprender á todo el barrio. Pronto reconoció á la señora Vénus, pues no llevaba otro nombre. Era su cuarto bautismo; pero debia ser el último.

Al bajar del carruaje dió su mano á Octavio.

—Cuan dichosa soy en veros! dijo con expansion verdadera. Me parece que ha transcurrido un siglo sin veros y que transcurrirá otro siglo sin que os vuelva á ver.

—Estais de fortuna, querida mia?

—Sí. Me aguarda Ali-Baba. Mientras vosotros comereis como mariposas, nosotros comeremos cual turcos. Salud á mi amiga que es una turca.

Diciendo estas palabras, y mientras Octavio hacia una broma de serrallo á la compañera de Angela, esta volvió llena de inquietud su cabeza, bien como si temiera que alguien la siguiese.

—No debo ocultaros, dijo, que tengo un Otelo que sigue mis chinelas.

Octavio debia asistir á la célebre comida de los ateos, que hizo estallar de indignacion á los periódicos religiosos, como si las nubes fuesen á abrir las cataratas del cielo. Ya se sabe que la comida de los ateos, que se dá todos los sábados en la Casa de Oro del país latino, se vé ilustrada por la presencia de algunos hombres muy á la moda y que son ó serán mas ó menos célebres.

Luego que se sentaron á la mesa, uno de los convidados volcó un salero.

No hubo uno que cogiera sal y que no echase la que tenia á fin de calmar los dioses irritados. Miróse á todas partes como si debiesen encontrar á Judas en torno suyo.

—Saludémonos, señores! dijo un sábio, aquí preside la filosofía.

El filósofo era una pluma de oro, el cual decia que la palabra es plata: hé aquí porque no fué mas léjos en su discurso.

En aquel momento otro convidado abrió la puerta. Era el convidado décimo tercero.

Este convidado adelantó para sentarse á la mesa; pero todo el mundo se levantó asustado para coger

su sombrero. El recién llegado, que tenía su sombrero en la mano, se eclipsó para no llamar hácia sí la venganza de los dioses.

Comióse alegremente. Un periodista, al dar de beber á su vecino, rompió una copa de vino de Champagne, y con esto todos se santiguaron.

—Este es un día nefasto, exclamó un anticuario: romper una copa en la cual aun no se ha bebido?

—Qué decís? por el contrario, es de buen augurio: recordad, sinó, el banquete de Faliero.

—Por el dux! exclamó un poeta de gran melena, un célebre poeta con corazón de oro; hé aquí dos cuchillos en cruz. Se aguzará el puñal contra nosotros?

—Vamos, dijo un eclético que quería casar á Dios con el diablo y el alma con la nada: no seamos tan absolutos; no olvidemos que entre nosotros no hay uno que no oculte en su seno un escapulario.

—O la cruz que le dió su madre, dijo un célebre novelista.

—No olvidémos, observó el eclético, que mas de uno de nosotros al volver á su casa saludará alguna hermosa madona velando sobre una cuna, ó algun hermoso retrato de madre que habrá volado al cielo.

—Esto es una cuestion de arte, dijo un crítico.

—Pero qué es el arte sino la espresion de la grandeza humana elevándose hasta la grandeza divina?

A propósito del arte se habló de poesia, de pintura y de música. Como ya se sabe que de cuatro músicos hay dos poseidos del diablo, casi todos los con-

vidados hicieron la señal de la cruz. Una superstición mas.

Y sin embargo, allí habia hombres de gran talento, que son la honra de estos últimos años en la poesia, en la historia, en el arte y en la ciencia. Creían honrar la inteligencia arrancando con atrevida mano la última yerba de las preocupaciones. Algunos se titulaban ateos, pero ninguno lo era: negar á Dios es ya reconocerlo: si no existiera no seria negado.

Otro filósofo habló en estos términos:

—Dios ha querido burlarse de la lógica humana: como no entramos jamás en los bastidores del teatro donde representa su gran papel, no conocemos el secreto de la comedia. Por ejemplo, como Dios, que debe ser el Dios bueno, pudo condenarnos en nuestro origen en la figura de Adán y de Eva? Ya que era Dios, es decir, lo universal, lo infinito, sabia que la mujer pecaria y arrastraría al hombre en su caída. Qué sería el padre de familia que quisiera condenar con tanta anticipación su descendencia?

—Dios no preparó la caída sino para redimirnos.

—A menos que Dios no sepa mejor que nosotros la historia del día siguiente, arrastrado el mismo en los torbellinos de los mundos que ha creado, pero que no domina como un padre de familia que se convierte muy pronto en esclavo de sus hijos.

—Un Dios ciego! Es mas natural decir que Dios no existe.

—Si Dios no existiera careceríamos de la idea de Dios.

—Cállate, no eres mas que un orgulloso: consideras que aun no es bastante el descender de las cruzadas; quisieras descender de mas alto.

—Entonces, Dios no seria mas que una cuestion heráldica; un sol de oro en campo azul.

—Creerme: puesto que el mundo es eterno, debemos suponer que no tuvo principio. Qué vino á hacer Dios?

—Y el caos?

—Estais bien seguro de que el caos no sea aun el caos y de que no sea siempre el caos? Dios es la vida universal, es el pan y el vino del cenáculo, el pan y el vino del cenáculo material é inmaterial. Nosotros, todos, hemos adquirido una parte de divinidad pasajera como las olas del océano tienen su parte de sol.

—No es mas difícil el creer en la Trinidad.

—La Trinidad? Es lo verdadero, lo bueno y lo bello; tres figuras en una sola, ó, mejor dicho, una figura con tres rostros. No decian los filósofos de la antigüedad que aquellas tres virtudes que no viven sino en el alma de los hombres, eran superiores á todos los dioses?

—A todos los dioses del Olimpo, puesto que lo verdadero, lo bello y lo bueno inspiraban ideas, obras y acciones.

—Hé aquí los tres tipos de la humanidad; hé aquí los tres dioses, los tres dioses eternos.

—Son los dioses de nuestra alma: el aire, el fuego y el agua.

—Y qué haces de la tierra?

—El hombre es la tierra, cuna y tumba de la vida universal.

Cada uno de los convidados levantaba sobre el mantel su castillo de filosóficos naipes. Parisis tomó también la palabra.

—En lo que á mí se refiere, dijo, creo que la fuerza no está sobre las cosas sino en las cosas. Nada de lo que se opera en la tierra es la obra del cielo. Heráclito tenía razón; el universo no ha sido creado ni para los dioses ni para los hombres: ha sido y será siempre un fuego viviente que se reanima y se estingue para volverse á reanimar. Pero Heráclito se muestra tímido en sus ideas pues hace aparecer á Júpiter cuando dice que la comedia del mundo es un juego, que Júpiter juega con sí mismo. Yo no reconozco otro Dios sino el que existe en la imaginación de los poetas y las mujeres. No son, no, los dioses los que han creado el hombre á su imájen sino que los hombres han creado un Dios á su imájen. O mejor dicho, los hombres son los dioses puesto que tienen la potencia creadora, material é inmaterial, real é ideal. Corneille ha creado á la señorita Corneille y Gimena; Shakspeare dió á luz su Hamlet y creó el poeta Davenant, que era su bastardo; Moliere creó á la señorita Moliere y Celimena. ¡Qué locura la de querer siempre que un Dios se oculte entre bastidores para

hacer mover las polichinelas y las muñecas de la escena del mundo! Así como respiramos con nuestro cuerpo el aire vivificante, nuestra frente enciende su pensamiento en un rayo invisible como el aire, pero que es el origen de fuego de todo pensamiento. Hay la luz para el espíritu como hay la luz para los ojos. Todo hombre es un monumento de arquitectura, la obra mas acabada de este arquitecto que se llama Naturaleza. Y mi comparacion no es ningun juego retórico. Sí: el hombre no es sino una cosa mas ó menos abierta al aire que circula: si las ventanas son bajas, si la arquitectura gótica ha dominado, si está sombreada por árboles y monumentos, es sombría, se respira mal en ella y es antro de visiones nocturnas; si por el contrario está edificada sobre un monte, segun el estilo griego, la luz penetra en ella radiante y se convierte en una morada de la inteligencia y la verdad. Es necesario, pues, que las ventanass del hombre estén abiertas á la luz del espíritu, esta aureola de toda frente que piensa. Todos los grandes hombres han mirado por grandes ventanas.

Octavio cogió una copa.

—Señores, no dejemos arruinar la casa.

Bebió y prosiguió alegremente:

—Cuando mi casa se arruine, todo quedará dicho, todo habrá concluido. La luz, que es mi inteligencia, no morirá; pero alumbraré otra casa mortal que no se llamará Octavio de Parisis. Recordad lo que ha dicho el gran Shakspeare: «César trocado en arcilla, el

hombre que hacia temblar al mundo; servirá para tapar el agujero de una pared con el fin de rechazar el viento.» Y hoy, señores, esa luz que se llama César, quién sabe si no se estingue en la frente de un idiota, porque las ventanas de su cerebro habrán sido tapiadas? Pobrecillos de nosotros que nos creemos fenix; no existe mas que un fenix: este fenix consiste en la tierra siempre convertida en cenizas y siempre renaciente. El que quiera á todo precio una parte de inmortalidad que la tome en ella.

—Acaso es nada, interrumpió un vecino de Octavio, tener su parte de inmortalidad en la materia que es sagrada, puesto que es infinita?

—Se creará, prosiguió Octavio, que San Bernardo, á fuerza de flagelarse—lo cual era contrario á la naturaleza—llegó á pensar mejor que yo porque comprimia sus pasiones á fin de que dominara en él el espíritu puro; mas acaso no hubiera sido mas grande echándose en brazos de Heloisa? Esto hubiera sido mas elocuente que el hablar en latin.

Un ateo tímido formuló una postrer razon á favor de la existencia de un Dios, parecido á las nubes, que soplaba la guerra y la paz, el bien y el mal.

—Vos quereis el relojero de Génova para arreglar reloj. Si careceis de telescopio para ver bien; coged los ojos de aquel astrónomo que dijo: «He examinado por todas partes el cielo y en ninguna parte hé encontrado la huella de Dios.»

—Pero este gran astrólogo no descubrió ni un solo

planeta, y quizá en este planeta era donde Dios se encontraba, dijo un poeta que hacia versos á la luna.

—Tenemos demasiado talento para fingir que lo tenemos, replicó Octavio. La mecánica celestial no demuestra nunca la mano de Dios: recordad la contestacion de Laplace á Napoleon que le preguntó porque no habia hablado de Dios: «Señor, porque yo no tenia necesidad de esta hipótesis.» En efecto, ni en el espacio ni el tiempo que se debe buscar á Dios, puesto que no es necesario encontrarle.

Y luego de haber ahondado de este modo el abismo de la nada, bien como si se tratara de formular un desafio á lo Don Juan, en la seguridad de que el Comendador no asistiría á la cena, todos se levantaron para marcharse compadeciendo á los pobrecitos que encontrarían en la calle preocupados aun con la religion.

De pronto se abrió la puerta y apareció una mujer vestida de blanco y sangrienta á un mismo tiempo. Lanzó un grito y cayó recostada sobre aquella mesa, que parecia aun risueña por haberse formulado en ella tan hermosas paradojas.

Aquello fué como si hubiese caído un rayo.

Todo el mundo se inclinó para ver aquella mujer.

Todos reconocieron que era hermosa, hasta en sus sollozos, hasta en su sangre, hasta en las torturas de su agonía.

Octavio se precipitó hácia ella, porque habia reconocido á la señora Monjoyeux.

—Angela! exclamó, cogiéndole su mano.

La pobre mujer se retorcia en su dolor, pero no pensaba mas que en salvar su alma.

—Dadme un crucifijo! exclamó.

Uno de los filósofos hizo la señal de la cruz sobre la frente de la cortesana.

—Señor de Parisis! murmuró la jóven con voz espirante, me muero... Un cobarde acaba de asesinar-me... Yo sabia que estabais aquí... vengo á pedir os una oracion...

Octavio se volvió, tratando de sonreír inútilmente, hácia sus amigos:

—Y bien, señores, dijo con cierto aire de solemnidad, quién vá á orar por esta mujer?

Nadie pensó en reír. Tampoco quiso reír Octavio.

Trató de levantar su cabeza y murmuró estas frases:

—Octavio... me muero... He desafiado á Dios... y Dios me castiga... Rogad por mí...!

—Y aquel secreto que no me confiasteis?...

—Yo os amaba!

Angela murió despues de pronunciar estas frases. Octavio la miró con dulzura, siendo así que siempre se burlaba de todo.

—Pobre mujer! dijo depositando un beso en la frente de la muerta.

Y volviéndose hácia sus compañeros de ateísmo:

—Señores, les dijo, existe, sin embargo, una hora en la que se cree en Dios, y esta es cuando se vé que la muerte purifica la vida. Esta mujer que aquí veis era una mujer cortesana, tan cortesana que la llamaban la señora Todo-el-Mundo y la señora Venus. Pues bien: acaso esta blancura que se esparce en su semblante no es la blancura de la redencion?

—Aquí yace la señora Vénus, dijo uno de los doce apóstoles.

### XXXII.

#### AQUÍ YACE LA SEÑORA VÉNUS.

Entró una segunda mujer. Era la amiga de la señora Vénus, que comia en el gabinete vecino y' que contó la historia en breves frases.

Angela habia sido sorprendida por un amante desdénado que, no queriendo seguirle, le habia dado una puñalada.

El golpe habia sido bien dado.

Angela volvia sus moribundos ojos hácia Octavio con un verdadero sentimiento de amor.

—Hablabas de vos constantemente, señor de Paris, decia la compañera de Angela: habia dicho que antes de partir queria veros.

Y con cierta espresion de tristeza aquella mujer añadió:

—Y en efecto, os vé antes de partir.

Todo el mundo escuchaba; todo el mundo se sentia impresionado. Se les hubiese tomado por doce apóstoles inclinados respetuosamente hácia una Magdalena.

Angela apenas respiraba.



### XXXIII.

#### UN PARÉNTESIS.

Veo desde aquí mas de una mujer que cierra mi libro y dice:

—Son estas las grandes damas?

Aquí yo no cuento vuestra historia, señora. Paso con respeto ante aquellas que desafían con gran valor las pasiones. Estudió con simpatía los corazones vencidos que me recuerdan este epitafio de una gran señora en el Padre Lachaise: «Soy una pobre mujer!» Qué nombre es el suyo? No tiene nombre. Es una mujer.

«Las grandes damas no existen» dicen las mujeres de la clase media: el catecismo de 1789 echó á perder el libro heráldico; la última duquesa, si ya no ha muerto, recibe el viático en el último castillo de la Normandía ó en el último palacio del barrio de San German. No hay, pues, grandes señoras: tan solo hay señoras decentes.»

Pero seria mas justo decir: no hay ni grandes señoras, ni señoras decentes: solo hay mujeres.

Segun Balzac «el siglo diez y nueve no tiene ya

aquellas hermosas flores femeninas que adornaron los mas hermosos períodos de la monarquía francesa.» Y añadía con mas talento que verdad: «El abanico de la gran señora está roto: la mujer no tiene ya que ruborizarse, no tiene que murmurar ni maldecir: el abanico no sirve mas que para dar aire.» Balzac quitaba su corona á la mujer con un golpe de pluma: un poco mas y la arrojaba á la humillacion de la esclavitud antigua, lo cual no impide que Balzac pusiera en escena á las grandes damas.

Para pintar á las mujeres, seria indispensable hacer la geografia de su reino, que se podria dividir en varias provincias: las grandes señoras y las pequeñas señoras; las mujeres de la clase media y las mujeres del pueblo. El libro heráldico podrá cambiar de estilo, pero se reimprimirá siempre, porque Dios, creando la mujer, creó lo infinito. Entre dos mujeres existe un abismo: entre una mujer bien nacida, y otra que no lo es, media todo un mundo. Cuando hablo de una mujer bien nacida, no quiero significar que debe descender de un muslo de Júpiter; me refiero á una mujer que haya mamado en el seno de su madre, las altas virtudes de la familia, el noble orgullo de su raza. No por esto se halla desheredada la plebeya. Dios la dá como á las otras, todas las aspiraciones: tendrá tambien su parte de paraiso en la tierra, y quizá su parte de reinado entre las mujeres que se casan con la mano izquierda. Pero en vano las revoluciones democráticas proclaman la igualdad:

siempre habrá princesas y vaqueras: ni se podrá humillar á las unas, ni ennoblecer á las otras.

Las grandes damas existen siempre. Donde comienzan? Donde concluyen?

La gran señora estuvo próxima á desaparecer bajo la monarquía ciudadana que mató el gran lujo; mas reapareció en el nuevo Paris con los hermosos caballos, los palacios de mármol, y los vestidos con cola. Se dijo que el Código Civil habia matado las princesas y habia creado las mujeres decentes; pero despues de haber cruzado por todas las revoluciones de hecho y de derecho, la gran señora há vuelto á tomar su puesto, á la luz del día, con todo su séquito del reinado antiguo, y con todo el séquito del reinado perpétuo. Si Paris es, efectivamente, la capital del mundo, consiste en que tiene una cabeza que piensa y una hermosura que brilla. Esta hermosura, es la grande dama ó la cortesana; es por la una ó por la otra, mas bien que por nuestros pensadores, por quien los americanos atraviesan el Océano, huyendo su república para gozar del despotismo parisien, como lo hizo en el siglo diez y ocho el filósofo de Génova, el cual dejó su república, por la servidumbre de las grandes casas.

Donde empieza la gran señora? Donde concluye? La gran señora empieza siempre en la aristocracia de raza, que es su verdadero país natal. Pero si le falta la gracia, casi tan bella como la belleza, queda desposeida: no es mas que una mujer del gran mundo.

Seria muy cómodo esto de ser una gran señora, porque se es la hija de una gran señora, sin tener todas las virtudes de su empleo. Tambien seria cruel nacer con todos los dones de la belleza, de la gracia y del talento, sin poder ser una gran señora, porque no se es hija de una duquesa, ni siquiera de una baronesa.

Hay, pues, grandes damas en todas partes, así en el barrio de San German, como en el barrio del Temple.

Pero como la plebeya que nace gran señora, puede tomar su puesto á la luz del día? Por el azar; quizá le será indispensable cruzar por entre el lujo de las cortesanas; pero si ella quiere, llegará un día en que ostentará la plata sobre campo de gules. El amor la pondrá en camino: será una dama de la mano izquierda, pero será una grande dama. Cuando la Rachel entraba en un salon, era una gran señora: cuántas princesas iban detras de ella que no parecian mas que princesas de teatro!

La gran señora concluye allí donde empieza la mujer decente.

Se nace gran señora, como se nace poeta; mas para ello no es necesario siempre nacer de casa noble. Es necesario dejar á la creacion sus imprevistos y sus transfiguraciones; es necesario que la naturaleza dé perpétuas lecciones al orgullo humano. Las grandes damas son casi siempre hijas de raza; pero algunas, sin embargo, que han nacido plebeyas, elevan

su dorada espiga de trigo en campos de centeno.

Las antiguas aristocracias han conservado el privilegio de hacer las grandes damas. Las aristocracias nuevas tambien las hacen; pero en ellas entra la liga. No es en la primera generacion donde la raza se acusa: resplandece en la segunda: con frecuencia se pierde á la tercera. Es la historia de esos vinos, rudos en el primer período, esquisitos en el segundo, y que pronto se vuelven malos en el tercero. Es la ley de la humanidad, como es la ley de la naturaleza.

Dios mismo no crea una obra maestra al primer golpe: comienza como los artistas, por el bosquejo.

He aquí porque la gran señora es una ave rara. Donde se encuentra el mirlo blanco? Las familias que han hecho su carrera en el tiempo, no tienen el privilegio de poner su marca: á veces se secan prematuramente como las mas bellas flores que no dan mas que tallos pálidos, donde la savia se estingue. Todas las fuerzas de la creacion, en su accion mas divina, no llegan á crear en el mundo entero cien grandes damas al año. Y cuántas mueren que aun son niñas! Y cuántas cursan en las escuelas de lo vulgar antes de llegar á la belleza soberana del alma!

Cuando veis entrar en un baile esta duquesa rubia que hace una seña á aquella duquesa morena, reconocéis á la gran señora? No ha embadurnado sus libros con demasiado colorete y sus mejillas con demasiados polvos de arroz? Si no hubieseis visto su blason, diriais que esta baronesa á todos vientos es

una mujer del gran mundo? Esta marquesa y esta condesa, brillantes como el sol, que van de fiesta, revisten un estilo original y elevado? Esta princesa que pinta, y esta princesa que esculpe, tienen la nobleza que se impone aunque hayan puesto su talento por encima de su cuna? Esta célebre novelista que ha encontrado una pluma en la espada del duque de Sajonia, y esta hermosa recitante que ha puesto una vez su pié en el teatro, y que ha querido guardar una media azul en su cesto de princesa, son grandes señoras, la una por el genio del corazon, la otra por la gracia de su talento. Esta jóven y hermosa canonesa que parece tallada en el mármol de las Victorias de Fidias es una gran señora, tanto por su belleza como por su blason. Esta princesa polaca, y esta princesa austriaca que reinan imperiosamente en Paris, son grandes señoras, por su talento, su originalidad, su brillo y su elegancia. Y lo mismo puede decirse de las tres duquesas rivales de Santa Clotilde, y lo mismo puede decirse de las tres duquesas amigas de San Felipe del Roule. Y esta soberana hermosura de las primeras representaciones que guarda tambien su soberanía entre las princesas, no lleva una diadema ideal, sobre su corona de cabellos negros? Y muchas otras que se podrian nombrar, por no tener el génio de La Bruyere para hacer retratos.

La Rusia nos envia esas grandes señoras de aldea: como se las devolvemos? Mas francesas que antes, pero no grandes damas. La española viene entre no-

sotros á lucir todas sus grandezas: reconoced aquí á esas tres hijas del sol cuyos ojos parecen carbunclos, y cuyos cabellos parecen las alas de un cuervo. Las italianas nos traen la suntuosidad, el brio y la melodia; sin contar á la marquesa, ... á la condesa, ... á la princesa. ... La Alemania guarda, á no dudarlo, sus grandes damas en su casa: á penas si yo saludo la orilla derecha del Rhin en aquellas cuatro mujeres pensativas que cogen el *vergissmeinieht* ideal y en esos dos intrépidos vales que dan la muerte. El Norte que nos ha enviado princesas, ladies, condesas, que abrian salones célebres,—testigo de ello el de una embajadora de los Campos Elíseos, donde el señor de Morny hacia sus estaciones así en política, como en *dandynismo*,—nos dá aun, de vez en cuando, vestidos con cola sacramental y cabelleras rubias como el trigo. De la blanca Albion es de donde nos vienen estas dulces y orgullosas bellezas que parecen heroínas de Walter Scott.

La Francia parece mas fecunda: cuantos castillos, cuantos palacios, mecen aun grandes señoras! Abrid el libro heráldico: cuasi todos los grandes nombres tienen aun alguna bella imágen que los representa sin contar las que representan nombres nuevos con una nobleza que se impone frente á la nobleza consagrada. Aquí se vé la hoja de un ministro, allí la de un almirante, mas lejos la de un senador. El Instituto no es fecundo.

Os gustan las americanas? Aquí teneis una ban-

dada que vuela hacia nosotros; pero, alegres pájaros, no tienen las plumas bastante largas.

No existe en el amor mas que la última palabra que precipita á la mujer? ¿La primera palabra es ya una defecion? ¿Puede una mujer aventurarse en las poéticas orillas de Platon con la resolucion de no embarcarse en la empavesada nave de las aventuras amorosas? En amor lo que cuesta dar no es el primer paso sino el último. Esto de respirar en un baile un ramillete que pertenece á dos dueños, de abandonarse al entusiasmo en un vals, de mirár demasiado al prójimo, ¿constituye ya un delito? Hay ciertos minutos que equivalen á siglos de voluptuosidad entre un hombre y una mujer que no se dirán jamás una palabra. Quizá los españoles tengan razon mostrarse celosos hasta de los santos frente á los cuales se arrodillan sus mujeres.

Toda mujer en Paris se encuentra en escena ó se dá en espectáculo; todas representan un papel ó se divierten viéndolo representar; muchas se detienen en los primeros versos de la comedia; un gran número no se atreven á ir mas allá del primer acto: las que ensayan las peripecias del tercer acto son las aventureras; otras llegan al desenlace y se las puede titular heroínas.

Las que no quieren ser actrices en el teatro de la vida se asoman á la barandilla ó bien se ocultan en el fondo de sus palcos. Lo temen todo y no se atreven á representar un papel en la comedia del Amor; pero

se divierten con tanto abandono en este espectáculo que su alma está entera en la comedia. Ver como se ama, es, por decirlo así, lo mismo que amar: soñar que se peca es lo mismo que pecar.

Estas son las que dicen que mientras se lee la historia de la vida es necesario también hojear su novela: estos dos libros se iluminan mutuamente. Se acaba por confundirlos, por engañarse de página, por no saber donde se dejó la lectura: este es el punto supremo de la ciencia.

Quién quiera que sea la mujer, el hombre siempre obra mal. El hombre considera que no es suficiente el engañar y lo prepara todo para ser engañado. Parece que halla tanto más placer en que se le rían en sus narices, cuanto él se ríe en las narices de los otros. El rey Cándalo es un símbolo perpétuo: los maridos menos benévolos, se complacen en hacer los honores á su mujer, desafían todos los peligros y quieren ser envidiados en su dicha. Vedles entrar en un baile embriagados por las lisonjas y adoraciones que llueven sobre los hombros y el seno que tienen la honra de presentar al mundo; creen que han elevado entre sus mujeres y el adulterio una muralla china porque la ley del matrimonio se escribió por ellos, únicamente por ellos. En el vaiven íntimo, galante, caballeresco, del gran mundo, la mujer se deja cojer sin que ella quiera, ¿qué digo? sin saberlo en las redes del amor. Cree nadar en plena amistad; pero naufraga y se siente cogida al brazo de un amante.

Entre un hombre y una mujer de mundo qué es la amistad sino el amor platónico? No lo perciben ni él ni ella, sino cuando en un jardín él cojerá una flor que ella respirará, cuando él la haya besado; en un baile cuando en una melodía amorosa vendrá á colorear y á acentuar su plática; en un paseo donde él la saludará con una sonrisa de primavera, en un teatro cuando él se inclinará hacia ella en una escena de amor para decirla: «¡Qué bien representan!» y cien otros accidentes que indicarán á los dos que su pretendida amistad no era sino una máscara.

En Paris, es tanto más fácil dejarse cojer cuando todo el mundo se ríe de todo. ¿Quién creerá que bajo esta risa perpétua pueda brotar una pasión formal? La mujer se complace en creer que ella no puede ya amar; el marido, es, naturalmente, el último en percibir que su mujer simpatiza con su íntimo amigo, porque aquel señor, armado con su amor legítimo y su vanidad ciega, no puede comprender que su señora pueda soñar otra tiranía que la suya, hasta en la hora en que se vá á hacer la corte á una mujer perdida.

Donde empieza y concluye la pecadora, la curiosa y la romántica? Ni las que van al teatro ni las que frecuentan la sociedad están desprovistas de coquetería: desde la doncella que se apasiona por el coronel del Gimnasio ó el Almagro de la Opera, hasta la mujer de edad madura que despoja al cómico para encontrar al hombre viéndole siempre en el mismo papel con qué le ha apasionado.

Donde comienza y termina la pecadora? Comienza en Safo, en la Magdalena, en La Valliere, y concluye en Ninon y en Sofía Arnould. Vá desde los extravíos del corazón hasta el libertinaje como Marion-Delorme.

Si alguna gran señora se ofendiese al ver al moralista estudiar sus semejantes cuando están apasionados, cuando pálidas aun por su caída, comprimen los latidos de su pecho, el moralista podría contestarlas que entre ellas hay muchas que son dignas de ser pintadas, la una en la casta actitud de la maternidad pasando las fiestas al lado de su cuna; la otra entre grupos de mendigos, representando la Caridad que se oculta para hacer el bien como otras se ocultan para hacer el mal.

El padre Jacinto ya dará una conferencia sobre este tema. Dirá como el poeta que el amor de una virgen es una piedad y que el amor de una madre es una religion. Por lo que á mí se refiere, y que no predico, seguiré contando la aventurera historia de Octavio seguido por el cortejo de sus grandes damas.

Encontrará aun mas de una que le probará que el reino de la Virtud pertenece tambien á este mundo.

## XXXIV.

## DOS LÁGRIMAS DE GENOVEVA.

Desde que el duque de Parisis habia entrevisto á la señorita de la Chastaigneraye en la avenida de la Muette, marcando su hermoso pié en la blancura de la nieve, brotaba en él un hombre nuevo que amenazaba destruir el viejo. Aquella existencia aventurera estaba dominada por una sola idea. Hasta entonces en todos los horizontes que le atraian, habia visto mujeres: desde aquel dia en adelante, un horizonte mas puro atraia sobre todo su alma: este horizonte era aquel, donde brillaba la figura de la jóven, en la virginidad de los veinte años. Para él era como la luz sagrada, el sueño luminoso del porvenir, el arco iris del buen augurio, sobre la tempestad que le envolvía con sus nubes y sus rayos.

Por mas que él jóven tratase de afirmarse en el ateismo, por la intimidación de algunos estoicos de la antigüedad y por la ciencia de algunos doctores modernos, presentábase ante él lo desconocido y lo invisible con la casta y hermosa figura de Genoveva, bien como si la ciega naturaleza, no hubiese podido